

me gustaba leer en voz alta los nombres de las viejas calles, con los apellidos de los conquistadores o de los vecinos más destacados, y con los nombres gremiales, Guitarreros, Botoneros, Espaderos; o con deliciosos nombres, como el de calle de las Carrozas, que parece que evoca un paisaje dieciochesco y equivale al de la plaza de la Alegría de Madrid, porque por allí pasaban las carrozas del último viaje; o calle de la Botica de San Pedro, porque allí la tenían los jesuitas; o calle de los Siete Pecados, porque siete criollitas, siete; o siete cholitas, siete; o siete limeñas mixtas, siete traían de cabeza a la ciudad desde una casa de aquella calle; o calle de los Borbones, porque en ella vivían los frailes de pelambreira más escandalosamente fluvial; o calle de Mariquitas, porque en ella habitaron tres Marías capaces de volver loco al hombre más sentado.

Ya muy tarde me enteré de que en la calle de San Cristóbal, número 1.039, había un templo budista, con lo cual ustedes han salido ganando, porque ahora les hubiese colocado toda una larga historia sobre una vez que estuve a punto de hacerme seguidor de Sakiamuni.

También fuimos a las carreras de caballos, y como las chicas que tenían que bailar en el teatro a cinco minutos del último premio acudiesen vestidas de regional, se armó el alboroto. El público las acogió con una ovación cerrada y con una familiar simpatía encantadora, que estuvo completamente al margen de los cumplidos protocolarios. La antigua moda de España presentaba sus modelos en el hipódromo.

Salimos del hipódromo más poderosos de lo que entramos, y al día siguiente se notaría nuestra riqueza en el jirón de la Unión, por donde era fácil ver a Mercedes en busca de unas piezas de plata que no llegó a

encontrar nunca. Sus escasísimos ratos libres —realmente tanto ella como sus inmediatas colaboradoras vivían cautivas de su propia responsabilidad— los dedicaba a esta fascinante cestrería de plata.

Me especialicé en librerías. Mi sistema era sencillísimo. Iba de tiendas con el clan, revistaba algún que otro escaparate y les decía a las chicas.

—Estoy en esta librería sin moverme. En cuanto encontréis algo parecido a lo que quiero, me avisáis o lo compráis. Es igual.

Otras veces iba con ellas de almacén en joyería y lo pasaba bárbaro. La Feria, el jirón de la Unión y el mercado rebosaban de españolas a la busca de mantas indias, toritos de Cuzco, huacos, pulseras con motivos incas, cucharillas con sagrados remates, pinchitos de plata para rejonear en casa las ricas aceitunas sevillanas. Regateaban de maravilla —¡ay las Escuelas del Hogar!— y consiguieron rebajas importantes.

¿Puede alguien figurarse la alegría que me llevé cuando a la salida de una «chifa» —que es como se llama en Lima a los restaurantes chinos— oí cantar «La uva» a un grupo de gentes que festejaban el triunfo de Odría sobre el aprismo? La calle Capón transformaba los gallardetes chinos en banderas de feria.

*La Virgen de Guadalupe,
que Extremadura venera,
fué con los conquistadores, ¡ay!,
capitana y misionera.*

Desde luego, todo lo extremeño tocaba muy de cerca el corazón de Lima y, además, la melodía de «La uva» iba a ser el gran número del viaje. En los demás países de nuestro itinerario se la aprenderían rápidamente. Aquella georgica afirmación